



FE Y JUSTICIA: UNA TAREA DE LOS CRISTIANOS DE EUROPA

P. Arrupe, SJ.

Conferencia tenida en las Pauluskirche de Frankfurt, durante la sesión académica conmemorativa del 50^o aniversario de la fundación de la "Philosophisch-theologische Hochschule Sankt Georgen".

Al final de la conferencia sobre el tema "El hambre en el mundo y el anuncio de la fe", que he tenido al Congreso Eucarístico mundial de Filadelfia, en agosto de este año, un periodista me preguntó: "Padre Arrupe, no tiene la impresión de haber exagerado un poco el discurso?". En aquella ocasión entre otras cosas, dije: "No actuará en nosotros con toda su fuerza el pan de vida, mientras no estemos dispuestos a dar pan a quienes están en peligro de vida". Desde Filadelfia pasé a Honduras, Guatemala, Venezuela... y continuamente me preguntaban por lo que había dicho en Filadelfia. Porque la televisión había presentado sólo las imágenes de las grandes procesiones y de la celebración vespertina del estadio. Faltaban allí aquellos de quienes se hablaba: los hambrientos del mundo. Visité después a mis hermanos que viven en maltrechas barracas en medio de los pobres. Celebré la Eucaristía en las iglesias improvisadas de los barrios pobres y distribuí el pan de vida a los marginados atenazados por el hambre. Después de la celebración de la Misa, se me acercaron

muchos: entre ellos, también una madre de ocho hijos. No olvidaré jamás su rostro marcado por el hambre y el sufrimiento. Me dijo: "Padre General, no tengo nada que dar a mis hijos. Ruegue por mí, para que Dios nos envíe el pan". En aquel momento entendí con más claridad que nunca que no había exagerado ni en Filadelfia, ni en los demás lugares donde había hablado del hambre en el mundo. Quizás entendáis ahora por qué esta experiencia recientísima me hay venido a la mente, mientras pensaba lo que debería decir en Frankfurt, en esta ocasión solemne.

Sé que en este breve espacio no esperaréis de mí una conferencia erudita. Sabéis tan bien como yo que no existen respuestas prefabricadas para los grandes problemas de la humanidad de hoy. Pero, en cuanto cristianos, tenemos el deber de buscar una respuesta y aportar sin cesar, a través de la praxis, soluciones concretas. Trataré de contribuir a ellos, en base a mi experiencia y a mi convicción personal.

I. LOS DATOS DE MI EXPERIENCIA PERSONAL.

Lo confieso abiertamente: durante los últimos diez años, desde que me ocupo de la dirección de la Orden, he pasado por un proceso de aprendizaje. Ciertamente, yo había vivido ya durante veintisiete años fuera de Europa, en el Japón, y había llegado a conocer el mundo oriental. Pero la civilización japonesa, forjada por la moderna economía industrial, tiene mucho de común con Europa. Ahora en cambio, durante los últimos diez años, he descubierto, a través de los encuentros personales y de muchos diálogos, toda la amplitud y la problemática del tercer mundo: el mundo de la India, los países árabes, África y América Latina. He experimentado la pobreza y el hambre de aquellas tierras. No os cansaré con cifras: se nos presentan con tanta frecuencia que ya no impresionan. El encuentro con los hombres hambrientos ha sido decisivo para mí; los he encontrado no sólo individualmente, sino en grupos, en masas, en países enteros. Quedé impresionado por el estado de abandono y la falta de porvenir en que están sumidos. Muchos experimentan una pobreza pasajera; pero la pobreza permanente aferra hasta el fondo y lleva a destruir la confianza en sí mismo. Y tampoco olvidaré esto: la arraigada sospecha que aquellos hombres tienen de que la culpa de que su miseria evolucione tan despacio, se debe fundamentalmente a los países industrializados.

Pero he descubierto también la riqueza de este tercer mundo: la riqueza de una cultura humana auténtica, escondida bajo la pobreza y la miseria. He experimentado la energía natural y la irreprimible vitalidad espiritual, de esos pueblos. He hallado en ellos una capacidad de experimentar a Dios y de amar desinteresadamente a los hermanos que en vano he buscado en otras partes. He aprendido mucho de este encuentro. He corregido mis ideas previas y ha cambiado en puntos importantes mi modo personal de ver el mundo. Estoy profundamente convencido de que el futuro de la humanidad se decidirá en gran parte en aquellos países y, en todo caso, no sin ellos. Asimismo estoy convencido que tenemos mucho que aprender de aquel mundo y de aquellos hombres. ¿No os suena to-

do esto a cosa sabida?. También yo lo creía durante algún tiempo. Pero después he debido reconocer que una cosa es el conocimiento teórico y de informaciones manipuladas y otra hacer de esta realidad una convicción personal y tratar de sacar de ella todas las consecuencias.

La segunda característica de mi proceso de aprendizaje es la experiencia de la acuciante falta de tiempo. La rapidez de las transformaciones sociales es hoy un hecho a escala mundial. Pero en el tercer mundo esta falta de tiempo alcanza urgencias jamás sospechadas y se propaga como un terrible seísmo. Nuestra cultura europea, material, social y espiritual, se ha desarrollado a lo largo de un proceso de siglos. En los países del tercer mundo, en cambio, tenemos la impresión de asistir a bruscas transformaciones realizadas a ritmo más rápido y, por tanto, más intensas y más explosivas. Todavía tengo vivo el recuerdo de la visita que hice a veintiuna universidades y escuelas superiores de la América Latina que nuestra orden ha fundado, en gran parte, después de la segunda guerra mundial. Hasta hace apenas veinte años, se tenía la impresión que allí crecía una generación joven que sabía lo que quería y que iba a reestructurar de una forma nueva, con sentido de responsabilidad cristiana, el futuro de su patria. Hoy una buena parte de los estudiantes son marxistas y nadie sabe decir qué va a pasar mañana. Es necesario actual con rapidez, si queremos evitar una catástrofe.

En África, a costa de penosos y perseverantes esfuerzos hemos construido un sistema escolar y formado espiritualmente a una clase dirigente. Hoy, las escuelas han sido nacionalizadas en buena parte y no pocos consideran al cristianismo como un elemento extraño de su raza y represivo. ¿Encontraremos a tiempo la entrada en la cultura africana y en una Iglesia africana?. En la India, la Iglesia, numéricamente muy pequeña, ha conseguido asegurarse una sólida posición social y espiritual de aquel inmenso pueblo. Pero la revolución social y espiritual de aquel continente empieza ya a aplicarse en gran escala, y ya se toca con la mano el ímpetu del desafío que se avecina a los cristianos.

En todas estas experiencias y en todos estos encuentros me domina siempre la preocupación de la falta de tiempo. Nosotros, cristianos, ¿no tardamos demasiado? ¿No hacemos, quizás, planes demasiado largo y con excesivas precauciones? ¿No nos apegamos con excesiva complacencia a lo que consideramos seguro y aprobado, y no perdemos en seguridad el coraje para asumir nuevas empresas y nuevos riesgos? Ciertamente no quiero convertirme en defensor de iniciativas inspiradas por un pánico ciego. Pero sí, según la Sagrada Escritura, tenemos que saber leer los signos de los tiempos, en mi opinión, hoy es esencial que caigamos en la cuenta de la rapidez de los plazos y que nos dispongamos a actuar a tiempo.

Permitidme ahora hablar de la parte de mi experiencia que llevo más en el corazón. Indicios claros evidencian que la revolución socio-cultural del tercer mundo está cayendo, cada vez más, bajo el influjo de las ideologías ateas. Comprenderéis que este hecho interesa de modo peculiar precisamente a nuestra Orden, ya que el Papa Paulo VI nos encargó expresamente que nos empeñemos con todas nuestras fuerzas en resistir el ateísmo. Es claro que son muchas las causas del ateísmo y que sería fatal no darse cuenta. Pero es innegable y hay que decirlo con toda claridad: se impone la evidencia de que el creciente influjo del ateísmo en el tercer mundo está esencialmente en conexión con la situación social que allí reina. Con otras palabras: una gran parte de estos países está convencida que la fe cristiana, tal como se la predica y, más aún, tal como se la vive, no es capaz de eliminar la miseria económica, social y cultural existente, y de instaurar aquellas condiciones más humanas de las que el Papa Paulo VI ha hablado en su encíclica sobre el desarrollo de los pueblos. Grupos importantes de aquellos países y sobre todo muchos jóvenes, animados por un gran idealismo, están convencidos de que ya no es del cristianismo, sino de la doctrina social marxista de donde puede esperarse que venga la inspiración y orientaciones para el cambio social. El hecho de que esta concepción social vaya unida con una visión atea del mundo, y ello como punto fundamental, tiene para muchas personas menos importancia que la miseria social existente. Cuántas veces me han dicho en mis viajes:

"Padre Arrupe, estamos hartos de contentarnos con que sigan ardiendo lamparillas votivas en nuestras iglesias y nuestros muertos reciban sepultura eclesiástica. Tenemos que ocuparnos de las necesidades de los vivos que son explotados y que de un golpe han perdido la confianza en nuestra fe". Si hubiera oído esto solamente alguna que otra vez, no hubiera dado mucha importancia a expresiones de este tipo, por considerarlas como muestra de un fenómeno limitado. Pero habiéndoseme repetido continuamente y sabiendo muy bien que por ellas se expresa el ansia de la inmensa mayoría de la humanidad, entenderéis por qué no consigo olvidarlas.

Esta experiencia me preocupa también por el hecho de que el ateísmo creciente representa una amenaza no sólo para el tercer mundo. Se ha convertido en el gran desafío de los países industrializados y sobre todo de la misma Europa. Domina como poder político e ideológico la Europa oriental y determina, bajo una forma de materialismo vivido, en gran manera el comportamiento práctico del hombre occidental, minando progresivamente sus instituciones y sus estructuras. Tampoco pretendo aquí simplificar de forma indebida las complejas causas y el mundo interior del ateísmo europeo. Pero tomo muy en serio las palabras de Gandhi: "Año a Cristo, pero desprecio a los cristianos, porque no viven como Cristo". En otras palabras esto significa: no viven como Cristo en su vida personal y no actúan como Cristo al estructurar sus instituciones económicas, sociales y políticas. La emigración del cristianismo afecta a Europa precisamente en un tiempo en un tiempo en que estaría llamada a contribuir a la nueva estructuración del mundo, no sólo con sus valores técnicos, sino también con la obligación de respetar los valores morales.

II. INELUDIBLE DEBER DE LOS CRISTIANOS EUROPEOS

Todo desafío exige una respuesta. Toynbee, el filósofo inglés de la cultura, ve además en la claridad y en la fuerza de esta respuesta el criterio que fija la vitalidad o la extinción de una cultura. En cierto sentido esto se aplica también al desafío que se lanza hoy a los cristianos y muy concretamente a los cristianos

Europeos. Por la experiencia que he tenido del mundo extra-europeo y por la responsabilidad que tengo para con él estoy profundamente convencido que ese mundo necesita hoy de Europa y que también la va a necesitar mañana. Por mi parte, no creo mucho en las ideas pesimistas sobre el cansancio de Europa, o la emigración espiritual de Europa, a cualquier precio hacia los únicos países, según afirman, tienen un porvenir: Asia, Africa y América Latina. Vuelvo a repetirlo: precisamente porque el mundo no-europeo se ha convertido para mí en un desafío personal, creo en la aportación indispensable de Europa, y de los cristianos europeos, para la construcción del futuro.

Permitidme indicaros algunas direcciones, en las que esta responsabilidad podría hoy concretarse. Probablemente no diré nada nuevo. Y, sobre todo, sólo podré decir lo que me impresiona personalmente. No pretendo de ningún modo hacer la competencia a cuantos, precisamente en este país, han dicho cosas muy importantes al respecto.

1. Una primera tarea de los cristianos europeos, a mi juicio, es una visión actualizada de la fe. Quedé profundamente impresionado cuando entre las conclusiones del Sínodo común de las Diócesis de Alemania Federal leí las siguientes palabras: "Si la renovación escatológica del mundo, ha de comenzar en cada hombre y en las estructuras sociales, mediante nuestra actividad actual, todos los cristianos deberán trabajar con decisión y constancia... por eliminar toda forma de esclavitud. Semejante transformación del mundo pertenece a la verdad del Evangelio que debemos vivir (Jn.3,21) (*Entwicklung und Frieden, Desarrollo y Paz*, preámbulo).

Estas palabras del Sínodo me han gustado especialmente porque expresan la misma preocupación que la CG 32 de los jesuitas, de 1975, ha puesto como núcleo de sus conclusiones, cuando dice: "La promoción de la justicia es condición de fecundidad respecto de todas nuestras tareas apostólicas, y especialmente de coherencia en el combate contra el ateísmo. En efecto, la injusticia actual, bajo sus diversas formas, negando la dignidad y los dere-

chos del hombre imagen de Dios y hermano de Cristo, constituye un ateísmo práctico, una negación de Dios" (Dec.4, N° 29).

Ambos textos apuntan a lo mismo: una visión de la fe adecuada a los tiempos. De ninguna manera se trata, por tanto, de desvirtuar el mensaje cristiano de la salvación eterna en un programa de acción socio-política. Se trata pura y simplemente de sacar del mensaje salvífico cristiano sin mengua alguna las consecuencias para un tiempo y para un mundo que rechaza ese mensaje, precisamente porque no es vivido de forma radical y coherente por sus representantes y consiguientemente no es válido para testimoniar fehacientemente el mandamiento fundamental del amor fraterno. No digamos demasiado rápidamente que ya hacemos todo esto. No basta, en efecto, vivir expresamente una u otra vez al año esta convicción entre confesión de la fe y servicio de la justicia, por ejemplo, con ocasión de una colecta a favor del tercer mundo. Se trata de mucho más. Es necesario que esta unión intrínseca sea un hecho permanente de consciencia, una santa inquietud, que determine nuestra oración y acción. Cuando hablo de esto, no consigo librarme de una preocupación: ¿qué se desdén esta nueva visión de la fe como opinión privada de un grupo de idealistas y soñadores y se la deje de lado. ¿Conseguiremos los cristianos europeos superar este peligro?

Y tengo otra preocupación de la que no consigo librarme: es de importancia capital que también los cristianos del tercer mundo se convenzan de esta nueva presentación de la fe. Cuántas veces, en mis viajes a América Latina, he visto precisamente que los jóvenes, en su utópica concepción de los necesarios cambios sociales, buscan su inspiración en fuentes e ideólogos europeos. Y cuántas veces encontré otros que pretendían justificar su pasividad social y su ceguera ante las injusticias existentes con argumentos teológicos importados de Europa. Creo que la teología europea puede hoy ofrecer algo más que esas ideologías de corto alcance. Veo aquí una gran responsabilidad y una gran tarea para la investigación teológica: necesitamos una teología que afronte el tema de la fe y de la justicia, que tan profundamente apasiona al mundo de hoy, profundice en él mediante una colabora-

ción interdisciplinaria, y sensibilice la conciencia de los hombres en orden a la acción concreta.

2. Nos encontraremos así frente a una segunda tarea de los cristianos europeos. Yo la definiría como las iniciativas de la praxis. La relación entre fe y justicia tiene indudablemente un aspecto fundamentalmente teológico, como acabo de recordar. Pero, en definitiva, la solución está en manos de los que actúan. Si, llegado a este punto, tengo una palabra de gratitud y reconocimiento de ninguna manera lo hago, creedme, por diplomacia, sino por lo que me dicta mi experiencia personal. Entre los testimonios más creíbles y convincentes de los cristianos europeos en favor de la justicia en el mundo, se cuenta la ayuda que los cristianos alemanes aportan en personas y en dinero al desarrollo de los pueblos. Sé que no dais alguna importancia al hecho que yo cite aquí en cifras y organizaciones. Pero estad seguros: con



esto dais un testimonio constante que va mucho más allá de tantas teorías que no comprometen a nada. Y con particular reconocimiento subrayo el hecho que, al cumplir esta tarea, se ha fortalecido de nuevo entre los cristianos europeos el espíritu de colaboración y de ecumenismo.

Todos sabemos muy bien que aún estas ayudas pueden convertirse en rutina, que muchas veces se da sólo de lo superfluo y que muy raramente se tiene la experiencia de una gran renuncia y de la pobreza consciente. ¿Por qué los cristianos europeos no hemos de estar dispuestos también a ello? Hoy existe además, el peligro del cansancio, del descorazonamiento y de la resignación, sobre todo quizá porque parece que no se ve el fruto. Quizá también porque estamos demasiado acostumbrados a que haya miseria. En nombre de millones de personas que dependen de esta ayuda y que creen en este testimonio de los cristianos europeos, os ruego que no perdáis la confianza en estas iniciativas de la praxis.

3. No puede silenciarse una tercera tarea de los cristianos europeos: la realización de la justicia en el mundo de hoy tiene también un aspecto esencialmente institucional. Dicho con otras palabras: la injusticia y la explotación no son tan sólo obra de particulares individuos y grupos. son también fruto de estructuras económicas, sociales, políticas y culturales. La encíclica de Paulo VI sobre el desarrollo lo dice muy claramente y la CG de los jesuitas lo ha formulado así: "En un mundo en el que se reconoce ahora la fuerza de las estructuras y sus leyes, el servicio evangélico no puede dispensarse de una acción competente sobre estas estructuras" (Dec. 4, Nº 31). Yo lo he experimentado personalmente y lo experimento de continuo en mi preocupación por aquellos hermanos que trabajan o sufren en servicio de la Iglesia. El amor cristiano del prójimo tiene indudablemente el deber de vendar las heridas de quienes han caído en manos de ladrones y yacen ensangrentados a lo largo del camino. Pero es también deber de los cristianos hacer que los inocentes no tengan que seguir cayendo en manos de ladrones. Este deber se siente hoy especialmente. Si es válido para todos los cristianos, lo es más todavía para los cristianos europeos.

Tenéis el deber de hacer sentir vuestra voz con coraje y con franqueza allí donde los hombres son esclavizados y explotados por sistemas políticos y económicos. Debéis hacer lo posible para que en vuestro país se establezcan tales estructuras sociales que se elimine la injusticia y se desarrolle una

comunidad auténticamente humana. Nuestra responsabilidad cristiana exige que os empeñéis no en último lugar, allí donde se decide el futuro de la humanidad a nivel estatal e internacional. Sé muy bien que el empeño por el cambio de estructuras es impopular y que, como se dice, "rinde poco" a quien lo promueve. Pero sería un total abandono del deber que incumbe hoy a los cristianos el renunciar a enfrentarnos con todo empeño en este campo.

4. Permitidme, por fin, indicar un último deber de los cristianos europeos al servicio de la fe y en la promoción de la justicia, del que en última instancia, a mi juicio, depende todo: la decisión de vivir radicalmente la fe. La historia de Europa está llena de ejemplos que muestran cómo las grandes reformas y movimientos mundiales han sido iniciados y llevados a término por hombres particulares que habían abrazado totalmente el mensaje del Evangelio: un Francisco de Asís, una Teresa de Ávila, un Carlos de Foucauld...

El cristianismo no es una estructura de poder llamada a imponerse por leyes determinadas. No es una estrategia, que baste aplicar correctamente para tener éxito. El cristianismo es la irrupción de Dios en el tiempo y

en el mundo, que se verificó históricamente en Cristo y que se verifica de nuevo en todo auténtico cristiano. Esta irrupción divina puede ser frustrada u obstaculizada por el hombre; somos por demás ingeniosos para cerrarle el paso. Cuando sucede esto, el Evangelio queda en letra muerta, y no estamos en condiciones de escuchar el mensaje radical del Evangelio, porque nuestro triunfante egoísmo le quita toda la fuerza, ni somos ya capaces de realizar las necesarias reformas personales y sociales, porque tenemos miedo a las consecuencias que pueda acarrearlos.

Estoy plenamente convencido de una cosa: sin una conversión personal profunda no estaremos capacitados a largo plazo para dar una respuesta a los desafíos que hoy se nos hacen. Pero si conseguimos derribar las barreras en nosotros mismos, experimentaremos nuevamente la irrupción de Dios y sabremos qué significa ser cristiano hoy. Y ¿por qué no lo hemos de conseguir? ¿Por qué la Europa que produjo tan grandes figuras del cristianismo no ha de ser ya capaz de dar una nueva prueba de su fuerza más profunda: la de decidirse a vivir radicalmente su fe?

